

923

ELLL

©

L3

V.3

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO REYES
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

TERCERA PARTE.

LAS ARMAS DE LA ENVIDIA

CAPITULO I.

La cueva de una gitana.



mediados de Enero del año 1494 cruzaba, caballero en una mula, el desierto camino que conducia desde el Guadarrama á Valladolid un hombre envuelto en un tabardo y acompañado por un guía, rudo campesino que conocia perfectamente los senderos y los atajos, que aceleraba la impaciente marcha del jinete.

Empezaba á oscurecer, y ya hacia largo rato que no veian el sol los caminantes.

Oscuros nubarrones, agrupándose sobre su cabeza, amenazaban con una de esas horribles tempestades poco comunes en el invierno, pero no por eso ménos horrosas.

De pronto comenzó á llover y el jinete dijo á su guía:

—Paréceme que va á cogernos la tormenta en despoblado, y ¡vive Dios! que no me agradaria gran cosa.

—Si vuesa merced quiere, dijo el guía, yo conozco á muy corta distancia del sitio donde estamos una cueva habitada generalmente por gitanos, donde podremos guarecernos.

—Mala compañía me parece.

099500

16011

ran-
que
las
mos
un

mi
e los
or la
re-
olid,
ues -

gui-

um-
Pero
anos
era,

dis-

tali-

rar-
am-
evas

que-

—Vuesa merced va armado, y ademas yo soy hombre de puños. No podemos temer á esos malsines.

—No es que les tema; es que yo soy cristiano viejo y ellos peor que judíos.

—¿Teme vuesa merced contagiarse?

—No, Anton; pero quisiera llegar cuanto ántes á Valladolid, y me pesa tener que detenerme.

—Aún nos quedan tres leguas pesadas ántes de que lleguemos á la ciudad, y aunque la mula anda muy bien y resiste el trabajo, lo que es cinco horas de camino no hay quien nos las quite de encima.

El jinete demostró en su semblante cuánto sentía quedarse á tantas horas de Valladolid.

Tenia que presentarse á los reyes, y no sabia si llegaria demasiado tarde y tendria que volver piés atrás para dirigirse á Aragon, porque los Reyes Católicos, ocupados á la sazón en negociaciones políticas con el rey de Francia sobre los asuntos de Nápoles, no las tenia todas consigo y estaban muy á punto de abandonar las notas diplomáticas para oponer la fuerza á la fuerza en las fronteras que separan á las dos poderosas naciones de Francia y España.

Pero Anton el guía ignoraba los motivos que aguijoneaban al jinete; y como era jóven, gallardo y tenia impaciencia, atribuyó al amor lo que solo era en él ambicioso deseo.

—Arrécia el agua, dijo el jinete.

—Lo peor es, añadió el guía, que el camino no es bueno. Hay muchos baches, y aunque la mula es andadora, como es el primer viaje que hace por estos sitios, no conoce el terreno que pisa y pudiera muy bien tropezar.

—¡Poco anda, vive Dios!

—Y lo que es el agua no nos deja tan pronto. Ved en un instante qué oscuro se ha puesto el firmamento.

—Allí á lo léjos se ve luz.

—Es la de las cuevas de que os he hablado. Y no sé, francamente, por qué quereis que prosigamos el camino. Aunque sea grande el deseo que tengais de llegar, siempre serán las doce cuando entremos en Valladolid y á esa hora podremos darnos por muy satisfechos si nos abren la puerta de un meson.

—No vas descaminado.

—¡Oh! ¡no por cierto! soy perro viejo y si siguierais mi consejo nos guareceríamos del temporal en las cuevas de los gitanos, aguardaríamos allí á que pasase el chubasco y por la mañana, al rayar el alba, la mula descansada y nosotros repostos, en ménos de cuatro horas llegábamos á Valladolid, precisamente en los momentos oportunos para realizar vuestro afán.

—Tanto te empeñarás, dijo el jinete, que al fin conseguirás tu objeto.

—Por mí no lo hago, que yo soy fuerte y estoy acostumbrado al agua, al viento, y á toda clase de intemperies. Pero vos que llegais, segun habeis dicho, de esos países lejanos donde tanto calor hace, donde siempre reina la primavera, aunque sois jóven y fornido debeis sufrir más que yo.

—Es cierto y me convencen tus reflexiones. ¿A qué distancia estamos de las cuevas?

—A cuatro ó cinco tiros de Arcabuz.

—Pues toma el ramal de la mula y busquemos hospitalidad en la guarida de esos renegados.

Hizo, en efecto, Anton lo que le indicó el jinete, y guardando silencio, casi al mismo tiempo que resonaba el estampido del trueno llegaron á la abertura de una de las cuevas practicada en unas rocas.

—¿Quién va? dijo una voz femenil desde el fondo de aquella Madriguera.

—Somos dos caminantes y venimos á pedir hospitalidad hasta mañana, dijo el jinete.

—No te asustes Remedios, añadió el guía, no somos gente desconocida.

—Aunque lo fuerais, contestó la gitana saliendo con una tea en la mano hasta la puerta de la cueva, no sería yo quien os negase auxilio.

Anton conocía á la gitana, que era una vieja acartonada y casi negra.

—¿Estás sola? le preguntó.

—Sola, porque los cuadrilleros se han llevado á mis hijos esta mañana, y las muchachas andan en peregrinacion.

—Pero una mujer como tú debe ser precavida y tendrás provisiones para servirnos una buena cena.

—¿Qué quereis que tenga una pobre gitana?

—Te se pagará bien, dijo el jinete.

—Ya cuento yo con eso. Pase adelante su merced, que la mula puede quedarse bien trabada al lado de las rocas que la defenderán del viento y de la lluvia.

—Yo me encargo de hacer que no se mueva, dijo el guía.

El caballero penetró en la guarida de la gitana, que estaba iluminada por una tea de resina, y no tenía más muebles que algunos asientos hechos con ristras de ajos colocadas en círculo unas encima de otras.

En el centro de la habitacion, formado con tres ó cuatro grandes piedras, se veía una especie de hogar en el que ardian dos leños de encina.

Aquel espacio estaba lleno de humo.

El caballero se desembozó y la gitana pudo ver, á favor de la tea, que era un hombre como de treinta á treinta y cuatro años, alto, de aspecto varonil, de agraciado rostro y de gentil apostura.

—Ha hecho bien su merced, dijo Remedios, en guarecerse

aquí de la tormenta; los hidalgos como vos no pueden resistir la inclemencia del tiempo.

—Y mucho ménos mi amo, dijo el guía, que viene de un país en donde el clima es suave.

—¡Ah! ¿eres tú, Anton? exclamó la gitana reconociendo al guía.

—Pues qué, ¿no me habias reconocido hasta ahora?

—Como soy ya tan vieja, me voy quedando sin vista.

—Cuando un gitano está ciego ve más que un cristiano.

—Calla, perro judío, que tan cristiana ó más que tú soy yo.

—No entremos en cuestiones, porque hartos sabes que si los cuadrilleros te llevaran á la hoguera, bien merecido lo tenias.

—¡Calumniador!

—No te quieras hacer la santa delante de mi amo, porque yo le he de decir quién eres.

—Calla, Anton, dijo el caballero; cualquiera que sea la conducta de esta buena mujer, nos ha hospedado en su albergue y no debemos pagar con insultos su hospitalidad.

—Bendiga Dios ese pico de oro.

—Lo que has de hacer tú, es darnos una buena lonja de jamon y un jarro de lo añejo.

—¿Van sus mercedes á pasar aquí la noche?

—Si no te opones.

—Al contrario; tendré mucho gusto en que os quedeis aquí.

—Pero mañana muy temprano te dejamos.

—A lo que se ve, se dirige vuesa merced á Valladolid.

—Allí voy, en efecto.

—Yo tambien he de ir muy pronto á ver si obtengo el perdon de mis hijos, arrojándome á los piés de la reina para pedir su indulto.

—Pues si os portais bien conmigo aquí, díjole el caballero, allí encontrareis el premio de vuestros servicios.

—Voy á haceros la cena.

Sirvióles, en efecto, poco tiempo despues algunos manjares, y con permiso de su amo, Anton, que se caia de sueño, se tendió sobre una manta y se quedó profundamente dormido.

—¿Y vos no dormís? preguntó la gitana al caballero.

—Yo no; la impaciencia aleja el sueño de mis ojos.

—Sois jóven, y á vuestra edad la vehemencia de los deseos tiene siempre abiertos los ojos. A juzgar por vuestro porte sois hidalgo.

—Sí.

—¿Rico tal vez?

—No mucho.

—Lo sabia, pero por cortesía os he hecho esa pregunta.

—¿Lo sabias? preguntó el caballero con asombro.

—¡Oh! sí; yo leo en el porvenir.

—¿Dices la buenaventura como las de tu raza?

—Nosotras vivimos abandonadas de todo el mundo; arrojadas de la ciudad; execradas por los nobles y los plebeyos; pero en compensacion de este castigo que sufrimos nos ha otorgado la Providencia un don especial. Leemos en las rayas de la mano el porvenir de las criaturas; conocemos las plantas que curan las enfermedades más dañinas, y aunque solo nos llaman en los momentos críticos cuando la desesperacion se apodera del que desea ó del que sufre, somos generosas y rasgamos el velo del porvenir para los unos, y ofrecemos á otros el alivio que anhelan.

—¿Y tú serias capaz de adivinar mi porvenir?

—Nada más fácil.

—Mira que voy á cogerte la palabra.

—Deme vuesa merced la mano y verá cómo leo, sin equi-

vocarme, por las rayas de ellas, no solamente el pasado, sino hasta el porvenir que os reserva la suerte, y hasta os sorprenderá cuando os diga los deseos que abrigais en este instante.

—Está bien; el sueño huye de mí y una febril impaciencia me domina. Y puesto que tanto pretendes saber, dime por qué anhelo llegar al término de mi viaje; descifra este enigma y calma mi ansiedad.

—Como todos los signos indican que he de regalar vuestro oído, aun sin esperanza de dádiva alguna voy á complaceros.

—Habla.

—Vais á Valladolid, ¿no es cierto?

—Sí, ya te lo he dicho.

—¿En busca de la corte?

—No te equivocas.

—¿Deseais vivamente ser recibido por los reyes?

—Es cierto.

—Venís de lejanos países, tal vez habeis atravesado los mares para visitar esas tierras descubiertas no ha mucho por un extranjero.

—Hasta ahora no vas descaminada; he ido, en efecto, con ese extranjero.

—¿Y volveis para hablar de su parte á los monarcas?

—Sí, á eso vengo.

—Os protege sin duda el extranjero y el reflejo de la gloria que ha conquistado os hace desear el logro de una ambicion que se ha despertado en vuestro pecho.

El caballero llevó instintivamente la mano al corazón, porque temia que la gitana viese los sentimientos que en él se agitaban.

—Estas rayas, continuó la gitana, me indican que vais á poder conseguir todo cuanto queráis por medio del amor.

—Y, sin embargo, jamás me ha dominado esa pasión.

—Por lo mismo que habeis sido ingrato para con él desea que le rindais homenaje, y en ese caso, agradecido, os proporcionará la realización de todas vuestras esperanzas.

—Segun eso. . . .

—Id á Valladolid, buscad en la corte de los reyes á una jóven para quien de seguro os habrá dado alguna carta vuestro jefe.

—En efecto, me ha encargado que vea á una mujer que es la que está al cuidado de sus hijos.

—¿Inés Sampayo?

—Cierto.

—Pues bien; esa jóven, que es viuda y conserva la belleza que le ha valido en otro tiempo poder abandonar la humilde esfera donde había nacido para heredar los bienes de una ilustre dama y mejorar de condicion, os hechizará de seguro, y por su mediacion conseguireis todos vuestros deseos.

—¿Tanta influencia tiene?

—¡Oh! no es ella directamente la que va á proporcionaros la felicidad. Os he dicho que al lado de ella la encontrareis.

—¿Sabes tú cuáles son los deseos que me animan?

—Teneis una gran ambicion; deseais riquezas, pero más que riquezas honores, importancia, dominio sobre los demas.

—Es cierto.

—Pues lo conseguireis.

—Si tal sucede, búscame cuando quieras y yo sabré recompensarte este augurio dichoso.

Remedios experimentó una inmensa alegría.

Una sonrisa diabólica asomó á sus labios.

Un resplandor siniestro brilló en sus ojos.

Acababa de dar un paso para realizar un proyecto fatal que abrigaba hacia tiempo.

El caballero se quedó meditando en las palabras de la gitana, y á poco se apoderó de él el sueño.

Al dia siguiente, al rayar el alba, le despertó su guía, y abandonando la cueva montó en la mula y seguido de Anton se encaminó á Valladolid.

Serian las nueve de la mañana cuando penetró en la ciudad, yendo á hospedarse á un meson de la calle del Caballo de Troya.